

José Noriega  
Luis Granados (eds.)

# TRADICIÓN: ANTÍDOTO PARA NO REPETIRSE

didaskalos

56



JOSÉ NORIEGA  
LUIS GRANADOS  
(Eds.)

TRADICIÓN:  
ANTÍDOTO PARA  
NO REPETIRSE



© Autor: José Noriega - Luis Granados (eds.)

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-24205-2020

ISBN: 978-84-17185-49-7

Maquetación: M.<sup>a</sup> Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

*“Plantaron y comemos,  
plantemos y comerán”*



# Índice

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO . . . . .	11
I. TRADICIÓN Y RAZÓN: DIÁLOGO ENTRE TRADICIONES . . . . .	21
<i>Ignacio de Ribera</i>	
1. La palabra ( <i>logos</i> ) del hombre . . . . .	21
2. Palabra y diálogo . . . . .	27
3. El diálogo entre tradiciones . . . . .	29
3.1. <i>Caminar hacia la verdad</i> . . . . .	29
3.2. <i>Caminar con otros</i> . . . . .	31
3.3. <i>Sentido crítico</i> . . . . .	34
3.4. <i>Narrar el camino</i> . . . . .	39
3.5. <i>Algunos ejemplos</i> . . . . .	40
4. Conclusión . . . . .	42
Bibliografía . . . . .	43
II. TRADICIONES Y REVELACIÓN . . . . .	45
<i>Luis Sánchez</i>	
1. ¿Escritura o tradición? Los límites de un planteamiento . . . . .	46
2. “En el principio era la palabra”: la oralidad originaria . . . . .	48
3. La Biblia, una tradición viva: el crecimiento de la Revelación . . . . .	49
4. Tradición judía intertestamentaria: el <i>derás</i> . . . . .	50
5. Los grandes flujos de la tradición en el NT . . . . .	52
6. Conclusión: la Biblia, punto de llegada y nuevo punto de partida . . . . .	56
Bibliografía . . . . .	57

	<i>Págs.</i>
III. EL VIGOR DE UNA TRADICIÓN . . . . .	61
<i>José Noriega</i>	
1. Introducción . . . . .	61
2. El papel de la tradición en el desarrollo de las civilizaciones . . . . .	63
3. El dinamismo de la tradición . . . . .	68
4. El desarrollo de la tradición en la crisis . . . . .	77
5. Conclusión . . . . .	81
Bibliografía . . . . .	82
IV. DE CARNE EN CARNE: SOBRE EL SENTIDO SACRAMENTAL DE LA TRADICIÓN . . . . .	85
<i>José Granados</i>	
1. Ireneo de Lyon: la tradición apostólica, de carne en carne . . . . .	87
2. Tradición y sacramentos . . . . .	92
2.1. <i>Tradición, Eucaristía, bautismo</i> . . . . .	94
2.2. <i>Tradición y matrimonio</i> . . . . .	97
3. Estructura sacramental de la tradición . . . . .	99
Bibliografía . . . . .	106
V. LOS RELATOS QUE MEDIAN LA TRADICIÓN . . . . .	109
<i>Carlos Granados</i>	
1. La tradición, una cuestión de identidad, una cuestión de vida o muerte . . . . .	109
2. Arqueología de los relatos: entre la conservación y la actualización . . . . .	111
3. Teleología de los relatos: sentido de la tradición . . . . .	112
4. Tradición: modos en que se pasa el relato . . . . .	114
4.1. <i>El credo histórico de Israel</i> . . . . .	115
4.2. <i>El módulo narrativo</i> . . . . .	116

	<u>Págs.</u>
4.3. <i>El módulo narrativo: la “historia del pan”</i> . . . . .	122
4.4. <i>El módulo narrativo y el intercambio sexual</i> . . . . .	124
5. Conclusión . . . . .	126
Bibliografía . . . . .	127
VI. LA VIRTUD DE LA TRADICIÓN Y LA TRADICIÓN DE LAS VIRTUDES. . . . .	129
<i>Juan de Dios Larrú</i>	
1. Introducción . . . . .	129
2. La tradición de las virtudes. . . . .	134
2.1. <i>La concepción aristotélica</i> . . . . .	137
2.2. <i>La concepción estoica</i> . . . . .	138
2.3. <i>La tradición cristiana</i> . . . . .	139
3. La virtud de la tradición . . . . .	145
4. Conclusión . . . . .	147
Bibliografía . . . . .	148
VII. EDUCAR: DESPLEGAR LO RECIBIDO PARA UN PROTAGONISMO FECUNDO. . . . .	151
<i>Juan Antonio Granados</i>	
1. La tradición, fundamento y dinamismo de la alianza educativa . . . . .	151
2. La tradición, una red de mediaciones para llegar a ser lo que somos. . . . .	153
3. Tradición con ojos (visión) y manos (prácticas) . . . . .	155
3.1. <i>Visión entrañada: ¿de qué hombre se habla?</i> . . . . .	156
3.2. <i>Prácticas entrañables: tejer en la carne la visión</i> . . . . .	159
4. Reciprocidad: recibe lo que eres y transfórmate en lo que has recibido . . . . .	161
4.1. <i>El lenguaje y el cuerpo: llave y morada para acceder al sentido de la realidad</i> . . . . .	161



	<u>Págs.</u>
4.2. <i>La naturaleza desde la cultura: concordancia que interpela a la creatividad</i> . . . . .	166
5. Educar, introducir en los relatos de la tradición . . . .	168
5.1. <i>El hombre sin tradición no tiene tiempo: aprender a narrarse desde otros</i> . . . . .	168
5.2. <i>Las generaciones que nos constituyen: recibir el gran relato y transmitirlo</i> . . . . .	170
6. El alma de la tradición: los grandes relatos desde el Gran Relato . . . . .	173
7. Conclusión . . . . .	175
Bibliografía . . . . .	177
VIII. TRADICIÓN Y RELACIONES . . . . .	179
<i>Luis Granados</i>	
1. La muerte de la familia burguesa . . . . .	180
2. Los modelos de familias posmodernas . . . . .	185
3. Las relaciones familiares . . . . .	187
3.1. <i>La primera tradición</i> . . . . .	188
3.2. <i>La herencia</i> . . . . .	190
3.3. <i>Memoria y aventura</i> . . . . .	194
4. La arquitectura sacramental de las relaciones . . . . .	195
5. Conclusión . . . . .	200
Bibliografía . . . . .	202

---

## Prólogo

Como caparazón de crustáceo muerto. Así se ha visto la tradición. Parece que está vivo, capaz de desafiar situaciones adversas, cuando en verdad está muerto: se mueve a impulsos de corrientes marinas. Sin vida, sin rumbo, anquilosado en el tiempo, sin capacidad de renovación, solo ofrecería apariencia, repetición de algo que ya no existe. Ese exoesqueleto se ha convertido en una traba, en una armadura que nos impide vivir la vida de hoy, en una cárcel.

Una gran mentira es la tradición para Nietzsche. Quien la abraza, abraza decadencia, se aferra a una nostalgia que anquilosa. Queda como solución desembarazarse del caparazón, aceptar el reto de ser más, de vivir ante el futuro. Como el decápodo muda caparazón y así crece, el hombre debe tener el coraje de mudar tradición para afrontar tiempos nuevos y así crecer y cambiar medida.

¿Acaso no es maestra la historia en el sucederse de civilizaciones, de teorías, de creencias, de métodos, de ciencias, de

artes, de prácticas, de instituciones? ¡Cuánto caparazón inservible hoy! El impulso vital no se encuentra en el pasado, propio de mediocres timoratos, sino en el futuro, propio de magnánimos audaces.

Sí, Nietzsche lo intentó. Quiso olvidarse de la tradición que dio origen a occidente e iniciar una nueva revolución. Pero quedó preso de la misma tradición que criticaba: de ella era deudor ya que en ella despertó, hasta el punto que su crítica no sería más que la mirada de un griego a nuestro inquieto mundo moderno.

La alegoría del crustáceo no es buena para explicar la tradición. Muda caparazón y lo recrea al poco. ¿Puede el hombre mudar tradición y refugiarse en la rocalla hasta que regenere una nueva? No solo sería fácil presa de depredadores, sino que le sería imposible entenderse a sí mismo. ¿Acaso no es la tradición la que le ha dado la lengua y así la posibilidad de pensar? ¿Cómo afrontar entonces los cambios de época y sus avances?

Pero Nietzsche vio el problema. Sí, la tradición en que vivimos estructura al hombre. Pero esa estructura puede no ser adecuada, podría impedirle crecer, forzaría repetir la vida de otros, anularía su genialidad, introduciría decadencia. Sí, esto es un problema. Su solución, sin embargo, ha desesperado al hombre, porque lo ha dejado solo ante su destino.

Respuesta mejor ha dado Hannah Arendt, para quien la tradición tiene reminiscencias del evento del nacimiento. La filósofa hebrea estaba preocupada por la novedad. Y esa la ve no tanto anclada en el futuro, sino en un pasado muy concreto, el que señala la verdadera novedad: el nacimiento. Allí se da un nuevo inicio. “El poder de comenzar, antes de ser un acontecimiento histórico, es la mayor capacidad que tiene el hombre,

idéntica a la de su libertad” (*The Origins of Totalitarianism*, 1951, 616). La concepción de un hijo es un momento primordial de la tradición. El nacimiento del niño garantiza este comienzo nuevo, de forma que este sentido de la iniciativa es inherente a todas las actividades humanas. Por eso, quien desea mantener el pasado a toda costa, olvidando la nueva creatividad que ha recibido, traiciona la tradición. En realidad, el “pasado” es el resultado de un trabajo de selección operada por el sujeto presente, que se da a sí mismo el pasado que sueña (Brague, 298).

Desde la experiencia del nacimiento entendemos que acoger el pasado no solo no impide preparar el futuro, sino que es la condición necesaria para hacerlo posible. El niño necesitará aprender a hablar, a caminar, a relacionarse. Recibirá alimento, cuidados y afecto de su familia. Sin ello, no podrá sobrevivir o, si lo hace, no podrá vivir en modo humano. Tanto el que rechaza su pasado como quien se agarra a él, está condenado a repetirse. Mientras que quien ve con agradecimiento su pasado —verdadera *pietas*— tiene el antídoto para no repetirse e iniciar algo nuevo.

La tradición encuentra por tanto, su fundamento en el *logos*, en la palabra recibida, que distingue al hombre de los demás animales. Así lo veía Aristóteles. El ser humano es animal de la *polis* y del *logos*. El revolucionario, sin embargo, rechaza el *logos* y abraza la violencia como la verdadera partera de la historia. Como señala Karl Marx, la violencia es la mujer que ayuda a la sociedad vieja y rígida a dar a luz a la nueva que lleva en sus entrañas. Por eso, la revolución pretende hacer *tabula rasa* del pasado con la esperanza de poder así establecer lo nuevo, libre de prejuicios. Sin embargo, una vez olvidada la propia historia, la repetición resulta inevitable. Así lo atestigua, por ejemplo, la

Unión Soviética: a la destrucción de Lenin, le sucedió la de Stalin, más vasta, y luego saltó a la de Mao, la de Pol Pot, y otros, pero no hubo creación alguna. “¿Dónde esta la ‘sociedad socialista’? Solo quedan el desierto y las fosas comunes” (Brague, *Moderadamente moderno*, 297). Cuántas personas, sin exoesqueleto alguno, fueron presa de depredadores.

Frente al revolucionario, la tradición es la memoria que hace posible el verdadero progreso. Frente al tradicionalista, es la novedad de la auténtica fidelidad creativa, la aventura del río que se alimenta del manantial y avanza hacia el océano.

Entendemos así la ambivalencia de la tradición. Nos resulta encantadora y odiosa. ¿Acaso no nos encanta la comida “tradicional”, cocida en horno de leña, mientras que aborrecemos la ética y la familia “tradicional”, que catalogamos como aburrida, más aún, desfasada? Estas son las dos caras de la luz de la tradición. San Agustín se pregunta acerca de las palabras misteriosas de Jesús: “vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz” (Jn 3,19). ¿Cómo es posible que odien la luz en la que fueron creados? El de Hipona responde: “la aman cuando luce, la odian cuando reverbera” (*Amant eam lucentem, oderunt eam redargentem*, Confesiones, X, 23, 34). La aman en su brillo, la odian cuando les reprende y exige. La tradición que ilumina es amable y útil, la que reverbera nos reprocha y acusa nuestras sombras. Nos gusta la luz que nos llega y de la que disfrutamos, mientras que odiamos aquella que nos exige, que nos hace transmitirla, que nos pone en movimiento (Brague, 179).

La tradición nos vincula a la novedad del nacimiento. Y desde allí, entendemos que sea, por tanto, antídoto contra el

conformismo y la mera repetición de lo que “siempre se ha hecho así”. Es aguijón para el diálogo y la generación de algo nuevo. Este diálogo se realiza desde la armonía sincrónica y diacrónica. Como dice Chesterton, “la tradición no es otra cosa que la democracia extendida a través del tiempo.” Frente a la oligarquía estrecha y arrogante de los que se encuentran con vida, la tradición da una papeleta de voto a la más oscura de las clases: nuestros antepasados (G.K. Chesterton, *Orthodoxy*, capítulo IV, 52-53). La tradición, por consiguiente, está estrechamente relacionada con la piedad, la virtud del hijo agradecido que, afianzado en su pertenencia y dependencia de la familia, puede lanzarse a la aventura de la vida.

Remontándonos de tradición en tradición, encontramos la fuente que las origina a todas. “Todo me ha sido entregado por mi Padre” (Mt 11,27). Las tradiciones de los pueblos proceden, en último término, de la Tradición originaria, que las juzga y purifica. El Hijo eterno, el *Logos* divino, engendrado antes de los siglos, comienza la gran *traditio* cósmica. En las relaciones trinitarias encontramos el origen de la Creación, en la que se nos entrega el ser, y su forma. A través de su palabra, Dios crea, es decir, da el ser a partir de la nada a las criaturas, conformándolas al *Logos*. Ahí arranca una tradición con contenido.

El misterio de la creación culmina en Cristo, cuando su cuerpo renace en la resurrección y se llena de la gloria del Padre. Ahí tiene lugar la recreación completa, el nuevo y definitivo nacimiento del hombre a la gloria. Y es ese cuerpo glorificado el que nos da en la Eucaristía: ella se hace así plenitud de la creación, inicio de una tradición nueva, de una nueva relación entre Jesús y sus discípulos, y los discípulos de sus discípulos. A través de la Tradición apostólica, entramos a formar parte de la

cadena que nos une con el principio: con la entrega pascual de Cristo al Padre y con la entrega del Padre al Hijo desde todos los siglos. Somos así introducidos en el plan del Padre, que consiste en la regeneración de nuestra humanidad a través del don del Espíritu. El Espíritu, don del Corazón de Cristo, se convierte en dinamismo interior que nos cristifica: regenera nuestra humanidad y la diviniza.

“Os transmito a vosotros lo que a su vez he recibido del Señor” (1 Cor 11,23). San Pablo describe la tradición como el relato de la entrega de Jesús, de lo que en él aconteció y que él realizó. Recibir esa tradición nos permite participar de su vida, vida que se nos comunica a través de relatos, prácticas, ritos, enseñanzas e instituciones. Lo recibido no es un contenido fosilizado, esclerotizado, ni una doctrina ética, normativizada, sino una vida, la de Cristo, un vínculo afectivo de pertenencia que pide a su vez la transmisión a través del testimonio.

Este libro, fruto del XII Encuentro académico de los Discípulos de los Corazones de Jesús y María, busca profundizar en esta cuestión fascinante: cómo entrar en el manantial. Son distintos los caminos recorridos.

En el primer capítulo, Ignacio de Ribera desarrolla la relación entre tradición y razón. En virtud de su *logos* encarnado, el hombre, a diferencia de los animales, posee voz articulada, un cuerpo social comunitario, cultura y tradición. Gracias a la palabra, el ser humano está en el tiempo con otros y desde otros. Esto permite que se dé un diálogo entre tradiciones, como un camino hacia la verdad en el que se despierta el sentido crítico.

Desde este fundamento de la palabra, Luis Sánchez estudia la relación entre la tradición y la Escritura dentro de la Reve-

lación. Frente a la contraposición protestante y moderna entre Escritura y Tradición, entre fidelidad a los orígenes y apego a formas rígidas añadidas, existe una unidad originaria entre estos dos conceptos. La oralidad originaria de la Escritura, junto a la tradición judía intertestamentaria (*derás*) y los flujos de tradición en el Nuevo Testamento, manifiestan que la Biblia no se contrapone a la Tradición, sino que es ella misma, la cristalización plural y armónica de diversas tradiciones.

José Noriega se pregunta por el vigor de una tradición para transmitir una novedad inagotable. Si bien la tradición puede ser una cadena que ata, está llamada a ser un río que riega los campos y vincula con el manantial y con el destino final. Desde la historia de las civilizaciones es posible percibir el vigor de la tradición en el recibir y entregar, y en qué manera la crisis es una auténtica ocasión de robustecimiento. La tradición será vigorosa cuando su depósito de creencias, normas, ritos e instituciones genera en el hombre el arte de vivir y transmitir.

El vigor de la tradición cristiana se manifiesta en su estructura sacramental. José Granados estudia la aportación de San Ireneo de Lyon frente a los gnósticos, y la controversia luterana para mostrar que la tradición se entrega “de carne en carne”. Los sacramentos se presentan como la forma de la tradición, y esta como el contenido de aquellos.

Esta dimensión sacramental de la tradición, explica Carlos Granados, nos llega a través de los relatos y relaciones de Israel, que median la tradición. Esta es para el pueblo elegido una cuestión de vida o muerte. Los relatos se sitúan en una tensión entre la conservación y la actualización, entre su *arché* y su *telos*. La comunicación del relato se realiza de padre a hijo, de Israel ex-



tranjero, y del único al grupo. Estos relatos están llamados a transformar la carne y van acompañados de símbolos, como el alimento y el cuerpo sexuado.

Juan de Dios Larrú estudia la relación entre las virtudes y la tradición. Por una parte, la tradición de las virtudes no se presenta como una manía de anticuario, sino como una propuesta viva de grandeza humana. Las tradiciones aristotélica y estoica serán purificadas e integradas en la tradición cristiana de las virtudes. Por otra parte, la virtud de la tradición se relaciona con las virtudes del reconocimiento de la dependencia.

Juan Antonio Granados nos introduce en la misión educativa como la introducción fecunda en una tradición. Frente a la tentación de proyectar en el educando la propia independencia (Frankenstein), el educador solo puede educar desde la apertura a una transcendencia, a una realidad más grande que él (Sullivan).

Finalmente, Luis Granados estudia el vínculo entre las relaciones familiares y la tradición. La decadencia de la familia moderna burguesa y la propuesta de modelos posmodernos de familia, han puesto en tela de juicio la contribución social virtuosa de la familia. Esta crisis se presenta como una oportunidad para recuperar la arquitectura adecuada de las relaciones humanas en la familia y en la sociedad. La fe cristiana presenta a Dios como el arquitecto de las relaciones familiares, mostrando su origen y la grandeza de su vocación. La tradición, memoria viva y encarnada de la Iglesia, nos llega a través de los sacramentos de la Iglesia, que llevan a su plenitud las relaciones humanas familiares y sociales inscritas en nuestro cuerpo.

Quien tenga la paciencia de leer estas páginas, descubrirá una mirada fresca de lo que es la tradición. Al contrario del ca-

parazón rígido del crustáceo, la tradición se asimila más al vuelo creativo de la paloma. La iconografía cristiana representó lo que el Padre entregaba con la imagen en el cielo de su mano abierta a través de la cual se nos comunica el Espíritu simbolizándolo en una paloma. Recibirlo nos hace volar. Porque el Espíritu es fuente constante de novedad para la persona, la familia, la sociedad que le acoge. Puede ser manantial perenne porque procede de la primera Tradición, la que se da entre el Padre y el Hijo. Y cuando la acogemos, llega a ser “el gran río que nos lleva al puerto de la eternidad” (Benedicto XVI 2006), la Hermosura tan antigua y tan nueva que inflamó el corazón de Agustín:

“¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhele; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti” (*Confesiones*, 7, 10, 18).

JOSÉ NORIEGA, DCJM

LUIS GRANADOS, DCJM

Villaescusa de Haro – Denver,

18 de mayo de 2020

*Centenario del nacimiento de San Juan Pablo II*

La tradición, ¿cadena o río? ¿Truism or Matrix? ¿Capaz de afrontar con vigor situaciones nuevas? La respuesta solo la puede dar la misma tradición. El vigor de una tradición está en que ella misma ofrezca los recursos para afrontar las inadecuaciones que van surgiendo en el devenir de la historia. La tradición apostólica, al ser una tradición pneumática que se da en un depósito de creencias, normas, ritos e instituciones, genera en el fiel el arte no solo de interpretar, sino de vivir y de transmitir.

Del capítulo de José Noriega

A través de la Tradición apostólica, entramos a formar parte de la cadena que nos une con el principio: con la entrega pascual de Cristo al Padre y con la entrega del Padre al Hijo desde todos los siglos. Somos así introducidos en el plan del Padre, que consiste en la regeneración de nuestra humanidad a través del don del Espíritu.

“Os transmito a vosotros lo que a su vez he recibido del Señor” (1 Cor 11,23). San Pablo describe la tradición como el relato de la entrega de Jesús, de lo que en él aconteció y que él realizó. Recibir esa tradición nos permite participar de su vida, vida que se nos comunica a través de relatos, prácticas, ritos, enseñanzas e instituciones. Lo recibido no es un contenido fosilizado, esclerotizado, ni una doctrina ética, normativizada, sino una vida, la de Cristo, un vínculo afectivo de pertenencia que pide a su vez la transmisión a través del testimonio.

Este libro, fruto del XII Encuentro académico de los Discípulos de los corazones de Jesús y María, busca profundizar en esta cuestión fascinante: cómo entrar en el manantial.